

son verosímiles; pero ninguna de ellas está suficientemente apoyada en la Historia.

Se ha pretendido, por último, que de la contracción de *Yucalpetén*, antiguo nombre de la Península, se formó el que tiene en la actualidad (15). Pero esta opinión tiene en contra el testimonio de Cogolludo, quien asegura que antiguamente no se designaba á este país con un nombre genérico (16), y el de Bernal Díaz del Castillo, al cual causó risa la palabra Yucatán, porque, según asegura, en el idioma de los indios no se llamaba así (17).

(15) Véase el capítulo III, libro I, de esta historia.

(16) COGOLLUDO, *ubi supra*.

(17) Lugares citados.

CAPÍTULO IV

1518-1519

Nuevas expediciones al continente septentrional.—Juan de Grijalva.—Batalla de Champotón.—Hernán Cortés.—Su residencia en Cozumel.—Disposiciones que toma para rescatar á los españoles cautivos en la Península.—Llegada de Aguilar al campamento.

Las noticias que circulaban en Cuba sobre la península de Yucatán, impresionaron de tal manera al gobernador Diego Velázquez, que inmediatamente dió cuenta al Consejo de Indias, atribuyéndose toda la gloria del descubrimiento (1). Entretanto, comenzó á hacer los preparativos de una segunda expedición, para la cual compró dos navíos, que se unieron á otros dos que habían vuelto de la primera. Alistáronse para tomar parte en la empresa doscientos cuarenta aventureros, entre los cuales figuraban todos los que habían vuelto con vida del viaje anterior.

Hallábanse por aquel tiempo en Cuba cuatro hombres destinados á hacerse célebres en la historia de los descubrimientos y conquistas de América, y que por entonces no eran más que unos simples encomenderos. Llamábanse Juan de Grijalva, Pedro de Alvarado, Francisco Montejo y Alonso de Avila. El primero, joven de veintiocho años y

(1) BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, capítulo VII.

pariente de Velázquez, fué elegido para jefe de la expedición. Tomó el mando de la mayor de las naves, y á los tres últimos confió el de las restantes. Los mismos pilotos que sirvieron en el viaje anterior se presentaron á servir en este, y en cuanto al capellán y al veedor—dos funcionarios sin los cuales no podía acometerse ninguna empresa de este género—era el primero el P. Juan Díaz, y el segundo un hidalgo llamado Peñalosa. Por último, iban de intérpretes Julián y Melchor, que habían sido ya cristianizados y que comenzaban á tartamudear el español.

Provistas las naves de bastimentos y armas, costeadas entre el gobernador, los capitanes y algunos soldados, la flota se dió á la vela en el puerto de Matanzas, á 15 de abril de 1518 (2). A los diez días dobló el cabo de San Antón, y á los ocho siguientes descubrieron los españoles una isla que no habían visto en el viaje anterior, seguramente porque en este habían sido desviados de su rumbo por las corrientes. Esta isla, que hoy se llama *Cozumel*, tenía entre los indios el nombre de *Cuzamil* ó *Cuzamail*, que en su idioma quiere decir *tierra de las golondrinas* (3). En cuanto á los expedicionarios, la llamaron *isla de Santa Cruz*, por haberla descubierto á 3 de mayo (4).

Con buen número de gente y armas, Grijalva desembarcó en un punto de la costa limpio de los arrecifes que rodean la isla. Cerca de allí había un pueblo, cuyos habitantes huyeron á la vista de los españoles, con excepción

(2) BERNAL DÍAZ (*ubi supra*, capítulo VIII) y COGOLLUDO (obra citada, libro I, capítulo III) dicen que fué el 5.—HERRERA pretende que la flota salió de Santiago de Cuba el 8 de abril, y PRESCOTT, que cita un manuscrito del capellán de la expedición, asegura que fué á 1.º de mayo.—Nosotros no hemos adoptado ninguna de estas fechas, y sí la del texto; porque habiendo llegado Grijalva á Cozumel el día de la Cruz, que es el 3 de mayo, después de dieciocho días de navegación—hechos que el mismo BERNAL refiere—es evidente que salió el 15 de abril de Matanzas.

(3) COGOLLUDO, *ubi supra*.

(4) BERNAL DÍAZ y COGOLLUDO, *ibidem*.

de dos viejos, á quienes detuvo la imposibilidad de correr. El capitán acarició á estos venerables sexagenarios; les regaló cuentas verdes, y por medio de los intérpretes les dijo que fuesen á llamar á los fugitivos; pero éstos se hicieron sordos al llamamiento y no permitieron volver á los embajadores. El mismo éxito corrió un segundo mensaje que se les mandó con una india de Jamaica que por una casualidad se hallaba en Cozumel. Estos tímidos isleños no parecían compatriotas de los hijos de Catoche y Potonchán.

La flota volvió á darse á la vela, dobló el Cabo Catoche y á los ocho días dió vista á Champotón. Los españoles manifestaron deseos de desembarcar, para vengar la derrota sufrida en el año anterior. Grijalva accedió á sus deseos y ordenó que cuantos estaban á bordo, á excepción de los marineros, bajasen en dos mitades á tierra. La primera sección desembarcó con harta dificultad, porque los indios comenzaron á disparar sus flechas desde la playa, y las lanchas que volvieron á las naves por la segunda mitad, iban ya manchadas con hartas gotas de sangre española.

Juntos ya todos los aventureros en la costa, el combate se empeñó con mayor encarnizamiento. Los españoles iban ahora mejor armados, porque llevaban falconetes, que eran unos cañones de corto calibre, y *xcauipiles*, especie de coraza indígena, hecha de algodón, que era una excelente defensa contra las flechas (5). En cuanto á los indios, se hallaban en peor condición que la primera vez, porque ahora habían sido sorprendidos, hasta cierto punto, y no habían tenido tiempo de llamar á los aguerridos soldados del interior. No obstante, pelearon con tanto valor, que mataron á tres castellanos é hirieron á más de sesenta, entre los cuales se halló el mismo Grijalva, que sacó tres flechazos y perdió dos dientes. Los indios se retiraron al

(5) COGOLLUDO, lugar citado.

fin, no pudiendo resistir á la superioridad de las armas europeas.

Los expedicionarios visitaron entonces el pueblo, que no habían podido ver en el primer viaje. Encontráronle desierto y desmantelado, y después de enterrar á sus muertos y curar á sus heridos, hicieron varias gestiones para hacer volver á los fugitivos, enviándoles de regalo algunas fruslerías. Pero no habiendo conseguido su objeto, tornaron á embarcarse, y navegando siempre al Occidente, descubrieron una laguna, que llamaron de *Términos*, porque Antón de Alaminos, que sostenía desde su primer viaje que Yucatán era una isla, creyó de pronto que esta laguna ponía términos á la tierra descubierta. No tardó en reconocerse que Yucatán era parte del continente; pero aunque se advirtió el error, el lugar quedó bautizado para siempre con el nombre que le dió aquel célebre piloto.

Juan de Grijalva continuó su viaje y recorrió la costa del golfo mexicano hasta el río Pánuco. Entonces se volvió á Cuba, después de haber dado su nombre de familia al río de Tabasco, y el de pila á la isla que está enfrente de Veracruz (6). Los ricos descubrimientos que hizo en este viaje, y que abrieron á Hernán Cortés las puertas del Imperio de Moctezuma, terminan la carrera de Grijalva, porque su nombre no vuelve á sonar jamás en la historia del Nuevo Mundo.

El oro recogido en esta última expedición, la noticia de que la tierra descubierta era un vasto continente y las doradas nuevas adquiridas sobre el opulento Anáhuac, impresionaron vivamente el ánimo del ambicioso gobernador de Cuba. Despachó á su capellán á la corte con el real quinto del oro traído del último viaje, y le autorizó para solicitar que le permitiesen conquistar y colonizar los países descu-

(6) No referimos los pormenores de esta parte de la expedición, porque no pertenecen á la historia de Yucatán.

biertos. Pero como el mensajero podía tardar demasiado, comenzó á hacer los preparativos de una tercera expedición, que debía corresponder á la importancia del descubrimiento. En breve tiempo tuvo dispuestas diez naves, y como los gastos que la empresa exigía debían ser cuantiosos, buscó quien le ayudase á soportarlos.

En medio de sus disposiciones, inquietaba mucho á Velázquez la elección de la persona á quien debía confiar el mando de una flota tan formidable. Propusieronle varios candidatos, que él rehusó sucesivamente, temiendo que se alzasen para usurarle la gloria y las utilidades del descubrimiento. Por fin, después de muchas dudas y vacilaciones, se fijó en un hombre que le recomendaron su secretario, Andrés del Duero, y el contador del rey, Amador de Lares (7). Era éste un hidalgo extremeño, llamado Hernán Cortés, que podía contribuir á los gastos de la empresa, porque tenía encomienda de indios en Cuba. Dióse prisa para que le firmaran sus despachos, y luego que los tuvo en su mano, hizo pregonar á son de tambores la expedición y consiguió que se alistasen bajo su bandera casi todos los aventureros ociosos que vagaban por la isla. Después de varios incidentes, en que estuvo á pique de ser despojado del mando, supo al fin burlar la suspicacia y la vigilancia del gobernador, y se dió á la vela del puerto de la Trinidad á 10 de febrero de 1519.

Antón de Alaminos, que también en esta tercera expedición era el más caracterizado de los pilotos, recibió orden de gobernar hacia la isla de Cozumel, donde el general había mandado que se reuniesen todos los navíos, porque quería hacer allí una reseña de sus fuerzas. Los indios, según costumbre de la isla, huyeron á la vista de los españoles; pero Hernán Cortés, que desde este momento em-

(7) Hernán Cortés consiguió esta recomendación ofreciendo al contador y al secretario que partirían entre los tres el oro que trajese de la Nueva España.

pezó á desplegar la política que más tarde le valió el Imperio de Moctezuma, tomó un afectado interés por los naturales y ordenó que se les devolviesen algunos objetos de que habían sido despojados por Pedro de Alvarado. Dió libertad á tres indios que éste había cogido en el momento de desembarcar, y haciéndoles regalos de poco valor, les dijo que fuesen á buscar á sus compatriotas, asegurándoles que serían respetadas sus vidas y haciendas. Los indios, que vieron en libertad á los cautivos y restituidos los objetos robados, empezaron á acercarse poco á poco al campamento español, donde, gracias á la disciplina que el general empezaba á introducir en su tropa, fueron tratados con muchas consideraciones.

Entabláronse luego varias pláticas entre los isleños y sus huéspedes, sirviendo de intérprete el indio Melchor, porque su compañero Julián había ya muerto por aquella época (8). En uno de estos coloquios, los indígenas soltaron la estupenda noticia de que en el continente, que se divisaba á catorce millas de distancia, había algunos hombres con barbas, semejantes á los españoles, que no eran naturales de Yucatán, y que eran esclavos de un cacique cuyo domicilio distaba de la costa vecina dos días de camino. Hernán Cortés recogió entre los noticiosos todos los informes que pudo sobre estos cautivos, y no dudando que fuesen europeos, pensó en rescatarlos, imaginando que podían serle de mucha utilidad unos hombres que habían residido por largo tiempo en el país. Llamó con este objeto á los indios que aseguraban haberlos visto en el continente, los colmó de regalos y les ordenó que pásasen á la residencia de aquéllos para entregarles la carta que hemos insertado en un capítulo anterior. Los llamados consintieron en prestar el servicio que se exigía de ellos, siempre que se les diesen algunos objetos de valor para pagar el rescate de

(8) BERNAL DÍAZ, obra citada, capítulo XXV.

los esclavos. Hernán Cortés accedió y les entregó varias fruslerías de Europa. Dispuso luego que los mensajeros fuesen llevados al Cabo Catoche en dos naves, que puso al mando de Diego de Ordaz, previniéndole que desembarcase allí á aquéllos, y que si á los ocho días no habían vuelto, se tornase á Cozumel. Hízose todo lo que el jefe había dispuesto, y los aventureros quedaron aguardando el éxito de la embajada con cierta curiosidad que no carecía de impaciencia.

Por este tiempo tuvo lugar en la isla un incidente que no debemos omitir, por ser el primer paso que se dió para cumplir con el objeto ostensible de la conquista. Ya hemos dicho que Cozumel era uno de los primeros santuarios que tenían los yucatecos, y esta circunstancia es bastante para comprender que las ceremonias religiosas se celebraban allí con harta frecuencia. Una mañana notaron los españoles que los indios se reunían en considerable número alrededor de un templo piramidal, á cuya cima no tardó en subir un sacerdote, adornado con sus vestiduras sagradas, quien habló y fué escuchado respetuosamente por la multitud. Hernán Cortés quiso saber el objeto de este discurso, y Melchor le informó que era un sermón idolátrico. Entonces el aventurero extremeño, que parecía tan apto para la carrera eclesiástica como para la de las armas, hizo á su vez una plática sagrada á aquellos gentiles, en que después de explicarles brevemente los principios del Catolicismo, les exhortó á que abandonasen sus ídolos, que los conducían indudablemente al infierno, y á que abrazasen la religión de Cristo, único manantial de bienes en toda la tierra. Melchor tradujo esta pieza oratoria con la imperfección que se deja comprender, mucho más si se considera que era trasladada á un idioma que, aunque el más rico tal vez de América; no tiene suficientes palabras para expresar las ideas abstractas. Los indios, no obstante, entendieron con espanto que se les quería hacer mudar de

religión y respondieron que los dioses que adoraban eran los mismos que desde tiempo inmemorial habían venerado sus mayores, y que no tenían motivos para dudar de su origen divino, puesto que ellos eran los que hacían madurar sus sementeras, los que daban salud á sus adeptos y los que los colmaban de prosperidades. Aconsejaron á los españoles que no tocasen á sus aras, porque serían castigados con la pérdida de sus naves en el mar. Hernán Cortés no escuchó el consejo, y á una señal que hizo, varios soldados se subieron al adoratorio y precipitaron al llano los ídolos. Hizo en seguida blanquear con cal una especie de capilla; se colocaron en ella una cruz y una imagen de la Virgen María, y el padre Juan Díaz dijo una misa, que todos los españoles y los indios mismos oyeron con devoción.

Esta fué la primera vez que la religión cristiana fué predicada en los dominios de Yucatán, y Hernán Cortés quedó muy satisfecho del éxito, porque los indios, que vieron impotentes en tierra á sus ídolos y triunfantes á los sacrilegos extranjeros, creyeron que los dioses de éstos eran más poderosos, y se humillaron á adorarlos con una resignación verdaderamente estoica.

Pocos días después de este episodio, Diego de Ordaz volvió con sus naves de Cabo Catoche, donde había aguardado inútilmente la vuelta de los mensajeros que habían ido en busca de los españoles cautivos. Entonces Hernán Cortés, no teniendo ya nada que hacer en aquella isla, que ofrecía muy poco espacio á su ambición, tornó á embarcarse con toda su gente, que se componía de quinientos ocho soldados y ciento nueve hombres de mar. Pero todavía la flota no había perdido de vista la isla, cuando tuvo que volver á ella, porque la nave en que iban las provisiones del ejército estaba haciendo agua y era necesario repararla.

Este contratiempo causó un retardo de cuatro días, en uno de los cuales se vió venir del continente una canoa

que, habiendo llegado á Cozumel, dejó en tierra á siete individuos, que todos parecían indios. Por tales los tomó al menos Andrés de Tapia, que había ido á reconocerlos de orden de Cortés, pues los siete traían por único traje la exigua *pampanilla*, que sólo vestían los indios esclavos y los hombres de la clase más ínfima de la sociedad. Pero cuál fué su asombro cuando uno de los recién llegados se adelantó á él y, en un lenguaje no muy castizo, le dijo estas pocas palabras: «Dios é Santa María é Sevilla» (9). Tapia le abrazó y le condujo al campamento, gritando que había venido de Catoche uno de los españoles que estaban cautivos en el continente. Todo el mundo, incluso Cortés, preguntaba dónde estaba el español. Era que el antiguo esclavo de May, además de su desnudez, traía cortado el cabello como todos los siervos, y su color moreno por naturaleza se había puesto igual al de los indios, bajo el ardiente sol de Yucatán.

Hernán Cortés les hizo vestir inmediatamente, le sentó á su mesa y manifestó curiosidad de saber quién era el cautivo y cuál era la aventura extraordinaria que le había llevado á tal condición. El español dijo llamarse Jerónimo de Aguilar, y ahogándose bajo su nuevo traje europeo y gustando poco de aquellos manjares y vinos que hacía ocho años no probaba, contó á Hernán Cortés la historia que ya conoce el lector.

Aguilar no cabía en sí de gozo al verse entre sus compatriotas, aunque parece que allí mismo recibió tristes noticias de su familia (10). Ofreció servir al general, que era su

(9) BERNAL DÍAZ, capítulo XXIX.

(10) PEDRO MÁRTYR, citado por WASHINGTON IRVING, dice que cuando se esparció por Europa el vago rumor de que Aguilar había caído cautivo entre los indios, su madre perdió el juicio, y que cada vez que veía carne asada en la mesa, daba gritos exclamando: «¡Oh madre desventurada! Siempre tienes á la mesa la carne de tu hijo, devorado por los canibales.»

salvador, en todo cuanto le mandase, y éste le nombró desde luego su intérprete (11).

El 4 de marzo del año arriba citado, Hernán Cortés y todas sus tropas volvieron á embarcarse, siguiendo siempre el rumbo de Occidente. Pero aquí debemos perderlos de vista, porque la memorable empresa que acometieron desde entonces hasta el 13 de agosto de 1521, en que la gran Tenochtitlán cayó en poder de los expedicionarios, no pertenece ya á la historia de la Península.

(11) Jerónimo de Aguilar contribuyó mucho á la conquista de México, no sólo como intérprete, sino también como soldado. Hernán Cortés premió sus servicios nombrándole regidor de Segura de la Frontera, cuya plaza le confirmó el rey en 1523 (*Archivo mexicano*, tomo II, página 183). BERNAL DÍAZ (obra citada, capítulo CCV) dice que murió tullido de *bubas*.

CAPITULO V

Impresión que causan en los mayas las expediciones españolas.— Su atención se fija especialmente en la cruz.—Chilam Balam.—Otros sacerdotes gentiles á quienes se atribuye el don de profecía.—¿El Cristianismo fué predicado en América antes del descubrimiento?—Examen de los fundamentos en que se apoyan los defensores de esta opinión.

Las tres expediciones de que acabamos de hablar debieron producir un efecto terrible en toda la Península. Aunque los españoles no pasaron por entonces de las costas, la simple presencia de aquellos hombres extraordinarios, tan distintos de todos los americanos, hizo que la noticia circulase rápidamente hasta las provincias más internas del país. Todo era nuevo y sorprendente en los extranjeros: la blancura de su cutis, las barbas que poblaban su rostro, sus trajes que cubrían todo el cuerpo, sus armas que despedían el relámpago y el trueno, y por último aquellos monstruos de la guerra, que aunque parecían un compuesto de dos seres distintos, el caballo y el jinete, la uniformidad de sus movimientos les hacía sospechar que fuese uno solo. Los mayas, en sus expediciones marítimas á las islas vecinas y á las costas de Honduras y Veracruz, no recordaban haber visto hombres de tan extraña apariencia, y esta circunstancia debió de haber dado origen á multitud de conjeturas sobre el lugar de que venían los españoles.

Entre las suposiciones que se hacían con este motivo; entre los comentarios á que se prestaba todo lo que rodea-